

LA SANTIFICACIÓN DEL MUNDO EN EL MENSAJE FUNDACIONAL DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ

PEDRO RODRÍGUEZ

La ponencia que me ha sido asignada tiene como título «La santificación del mundo en el (o según el) mensaje fundacional del Beato Josemaría Escrivá». Pienso que es de todos Vds. conocida, en sus rasgos más característicos, la doctrina aludida en ese título. No tengo ninguna sensación de novedad al afrontar esta ponencia, pues precisamente la santificación del mundo está en el núcleo central de las enseñanzas del Fundador del Opus Dei. El tema, por otra parte, ha sido tratado muchas veces por autores diversos¹. Yo mismo me he ocupado de él en otras ocasiones. Pienso ahora sobre todo en el estudio que hice en el curso 1975-76, a raíz de la muerte de Josemaría Escrivá de Balaguer², y que sigue siendo para mí el marco de mi comprensión de la espiritualidad del Fundador del Opus Dei y de su doctrina acerca de la secularidad cristiana, como indica su título. No obstante, la ponencia que voy a mantener ante Vds. responde a la convicción de que la propuesta hermenéutica que hice en ese trabajo «sistemático» debe ser integrada, como tendremos ocasión de ver, con las numerosas aportaciones crítico-históricas que han aparecido al trabajar sobre las fuentes históricas más antiguas de la vida y la obra de Josemaría Escrivá.

1. LA AUTOCONCIENCIA FUNDACIONAL DEL BEATO JOSEMARÍA

Cuando se estudia ese patrimonio documental, se comprueba que el pensamiento y la praxis fundacional del Beato Josemaría tiene mo-

1. Vid, entre otras, J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Palabra [«Biblioteca Palabra», 30], Madrid ¹⁰2001; A. ARANDA, *Secularidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, en «La grandezza della vita quotidiana», vol. I, Roma 2002, pp. 175s.

2. P. RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana. Algunos aspectos de la aportación de Mons. Escrivá de Balaguer a la teología y a la espiritualidad*, en «Scripta Theologica» 9 (1977) 9-128.

mentos capitales de inspiración divina, y que hay también inducción orante a partir de la praxis (*conferre in corde*, a ejemplo de la Santísima Virgen) y reflexión y discurso (meditación de la Escritura, directrices del Magisterio, estudio de la teología) proyectado sobre esa praxis, sobre la realidad de la vida y de la misión. Pero todo pende del foco luminoso de todo el proceso, si queremos llamarle así, que es el acontecimiento del 2 de octubre de 1928, cuando el Señor le hizo «ver» el Opus Dei³. Ese día el Señor fundó su Obra, solía decir. La conciencia fundacional de Josemaría Escrivá estará configurada, a lo largo de toda su vida, por esa «visión». Esto es de la máxima importancia, según los textos.

Y lo es también lo que él mismo explicó tantas veces —yo pude oírse en diversas ocasiones—: que la fundación del Opus Dei permanecía abierta mientras viviera él, que era el Fundador: abierta a las ulteriores inspiraciones y profundizaciones que el Señor se dignara otorgarle a lo largo de su vida. Esta idea de «fundación abierta» es un concepto «fundamental» —nunca menos impropia la palabra— a la hora de estudiar y comprender en la historia el espíritu del Opus Dei y el pensamiento de Josemaría Escrivá. Quería decir, y así lo explicaba, que el día tras día de su existencia personal, con las luces que Dios le daba para realizar el Opus Dei y con la experiencia consiguiente al tratar de realizarlo, se transformaba en el lugar de su comprensión de la Obra y de la búsqueda y encuentro de los caminos que debía recorrer. La simultánea formulación y reformulación de los términos que expresaban esa comprensión es la consecuencia lógica. Y la unidad de todo el proceso hace que las sucesivas fases se iluminen mutuamente. Por eso es tan interesante el estudio diacrónico de la autoconciencia que Josemaría Escrivá tuvo del Opus Dei que el Señor le confió.

Ese estudio pone de manifiesto cómo, a la luz de aquel 2 de octubre, se da una progresiva tematización y configuración del mensaje entonces recibido, un perfilarse la misión y los fines de la Obra de Dios, un ir adquiriendo cuerpo en la vida diaria. Coadyuvan a esa relación del Fundador con Dios Nuestro Señor y con la misión recibida los factores normales de la vida cristiana en personas e instituciones, pero tiene sin duda una significación especial la necesidad que el Beato Josemaría experimenta de «hacerse entender» y de dar razón eclesial de lo que Dios le hace ver y vivir. Eso le plantea un desafío temático, categorial y lingüístico: la búsqueda de unos moldes teológicos y jurídicos de comprensión —¡comprender algo que es

3. Vid. J.L. ILLANES, *Dos de octubre de 1928: alcance y significado de una fecha*, en P. RODRÍGUEZ (dir.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1985, pp. 65s.

de Dios!— y de unos «modos de decir» al servicio siempre de la realidad y del mensaje originarios.

En este sentido, van apareciendo a lo largo de su vida de Fundador palabras y expresiones que pasan a ser emblemáticas y definitorias de los grandes núcleos de ese mensaje y de ese espíritu: desde expresiones muy primitivas y simbólicas hasta fórmulas muy teológicas y elaboradas. En relación con nuestro tema —«La santificación del mundo en el mensaje fundacional»— tenemos, por ejemplo, «santificación del *trabajo*», o «santificación del trabajo *ordinario*», o esta otra, que en determinados momentos adquiere especial densidad en su boca y en su mensaje: «santificación del trabajo *profesional* ordinario», que es ya una expresión suya de los años cincuenta; o también «la santificación de la vida ordinaria»⁴, que es, en realidad, lo mismo, pero en fórmula más abarcante.

La santificación del mundo tiene carácter poliédrico en el pensamiento de Josemaría Escrivá, es decir, presenta aspectos muy diversos que, como digo, se van perfilando y decantando a lo largo de toda su vida. El concepto de «santificación de la vida ordinaria» adquiere un tono de rara profundidad teológica en la homilía, de verdadero carácter programático, pronunciada el 8 de octubre de 1967 en nuestra Universidad. Se comprende que en el reciente Congreso sobre «la grandeza de la vida ordinaria», celebrado en Roma del 7 al 14 de enero último, el documento más citado en las sesiones plenarias fuera precisamente la nombrada Homilía, que su autor tituló «Amar al mundo apasionadamente»⁵.

En estas fórmulas tan concentradas, o en otras equivalentes que va utilizando el Fundador del Opus Dei, siempre entran en juego, de manera más o menos explícita, los fines y medios del Opus Dei en cuanto tal, la misión a realizar por sus fieles y el mensaje que han de proclamar. Las formulaciones teológicas y jurídicas irán siguiendo el compás de esa tematización progresiva que el Fundador va haciendo de las «inspiraciones» originarias.

4. O «de la vida cotidiana». *Quotidianità* es un concepto muy en boga en la cultura italiana, pero la expresión más habitual en Josemaría Escrivá era, sin duda, «la vida ordinaria», «la vida corriente», es decir, la vida de la gente corriente; también la vida de cada día, la vida diaria, que eso es lo que significa vida cotidiana, palabra por otra parte perfectamente castellana.

5. En este sentido, para llevar adelante la ponencia que se me ha encargado, se podría haber tomado como referencia el estudio de esta homilía, que es, como digo, una etapa culminante en el pensamiento del Beato Josemaría sobre el tema. Pero de ella ya me ocupé formalmente en otra ocasión. Vid. P. RODRÍGUEZ, *Vivir santamente la vida ordinaria. Consideraciones sobre la homilía pronunciada por el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer en el campus de la Universidad de Navarra* (8.X.1967), en «Scripta Theologica» 24 (1992) 397-419, reproducida en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la Universidad*, prólogo de Á. DEL PORTILLO, Pamplona 1993, pp. 225-258.

La respuesta de Josemaría Escrivá a ese desafío de que hablábamos es una historia —apasionante— que avanza siempre desde las primeras expresiones bíblicas, litúrgicas y simbólicas hacia las posteriores «claridades» teológicas, antropológicas y jurídicas, pero que él vivió —siempre también— desde la fuerza carismática e intuitiva del 2 de octubre, es decir, de lo inmediatamente «visto» en el seno de un vivísimo contacto con Dios.

A la hora de ordenar mis ideas para componer la ponencia que se me ha encargado, estuve a punto de «tirar» hacia esas claridades, es decir, hacia los grandes desarrollos que hará en los años cincuenta y sesenta en los textos normativos y doctrinales hasta llegar a los Estatutos de la Prelatura Personal, provenientes todos del Fundador y donde están recogidos todos los elementos de la materia que nos ocupa. Pero aparte de que ese aspecto del tema ha sido ya objeto de investigaciones sustanciales⁶, el trabajo que realicé estos tres años últimos, con ocasión de la edición crítico-histórica de *Camino*, me ofrecía la posibilidad de abordar nuestro tema desde las fuentes autógrafas más antiguas de la historia del Opus Dei y de situarnos así en las fases (documentales) más originarias de esa «diacronía» a la que antes me he referido⁷. Y éste ha sido finalmente el camino que he seguido, sobre todo porque me parecía que podría tener un mayor interés para Vds.

Se trata, pues, de entresacar las formulaciones que parecen más primitivas y embrionarias, desde el punto de vista histórico, del mensaje fundacional, y bucear en ellas para captar el pensamiento naciendo, es decir, los primeros momentos categoriales, incluso pre-categoriales, que se dirigen a una primera configuración del Opus Dei cuando todavía apenas hay nada histórico que configurar, porque está el Fundador solo, con la carga que Dios le ha puesto encima y a la búsqueda —por decirlo con palabras suyas posteriores— de «uno... o dos, que nos entiendan bien» (*Camino*, 805); incluso, si pudiera ser, de «cincuenta hombres que amen a Jesucristo sobre todas las cosas» (*Camino*, 806). Los materiales se encuentran casi todos, como digo, en la edición crítico-histórica de *Camino*, de la cual mi ponencia es como un epílogo sobre «la santificación del mundo».

Los textos que ahora nos interesan se mueven en el ámbito de los años treinta, sobre todo de los primeros años treinta. He tratado de ir

6. Vid. los trabajos citados en nt 1 y A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ-IGLESIAS, J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona 1989.

7. Vid. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica a cargo de Pedro RODRÍGUEZ, prólogo de Javier ECHEVARRÍA, Rialp («Colección de Obras Completas», Serie I, vol. 1), Madrid 2002, 2ª ed. corregida. Citada: *Camino* ed. crit., seguida de la página.

rastreando las expresiones más primitivas de la pluma del Beato Josemaría acerca de lo que Dios le pedía. Ese estudio pone de relieve que es precisamente la santificación del mundo —del mundo civil, del mundo secular en su secularidad— lo que radicalmente entiende como fin del Opus Dei. Pero en esta fase tan inicial de nuestra historia —y de la documentación correspondiente— en que nos vamos a mover, la tematización del mensaje y de los fines se expresará, como veremos, en fórmulas que se sitúan en un plano teológico aún más radical.

2. FINES, MEDIOS, ESPÍRITU EN EL OPUS DEI

Nuestro punto de partida puede ser este texto de 10 de marzo de 1931. Cuenta el Fundador del Opus Dei en su Cuaderno, que el día anterior (9 de marzo) había tratado de «resumir» en pocas páginas el espíritu y la misión que el Señor le había encomendado de hacer el Opus Dei. «Antes me encomendé a la Señora y creo positivamente que me ayudó». Después de aludir a un joven estudiante de Arquitectura, al que encargó pasar a limpio los papeles, escribe en párrafo aparte:

«Christum regnare volumus», «Deo omnis gloria», «Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam». Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas»⁸.

A continuación pasa a tratar en el Cuaderno otro asunto; lo que quería decir sobre el tema —como «síntesis» del «resumen»— es lo que he transcrito. Volveremos detenidamente a ese texto. Pero hagamos notar ahora que el «resumen» del que habla Escrivá es verdaderamente esquemático⁹. Primero nombra los «fines», en su radicalidad omniabarcante:

«Fines: —Que Cristo reine, con efectivo reinado en la sociedad. Regnare Christum volumus. —Buscar toda la gloria de Dios. Deo omnis gloria. —Santificarse y salvar almas: Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam».

Junto a los «fines» se refiere también a los «medios» y al «espíritu» con que el Opus Dei afronta esos «fines». Es interesante reseñarlos:

«Medios: Todos los que puedan los hombres poner, para conseguir lo que más quieran».

8. *Apuntes íntimos*, Cuaderno III, n. 171, 10-III-1931; cfr. *Camino* ed. crít., p. 223.

9. Se encuentra en *Apuntes íntimos*, Cuaderno IV, n. 206, 15-VII-1931.

Esa radicalidad de los tres fines provoca en el Beato Josemaría esta explosión del corazón a la hora de referirse a los medios. A la radicalidad del fin, la radicalidad-totalidad de los medios: para que Cristo reine y dar así a Dios toda la gloria, es decir, para que todos, con Pedro, puedan ir a Jesús por María, los hombres y las mujeres del Opus Dei han de poner todos los medios a su alcance: todo lo que una persona puede hacer para conseguir el amor de su vida, «lo que más quieran». Y en una relectura posterior de su Cuaderno, precisó esta frase relativa a los medios agregando después de poner dos puntos (:): «su trabajo». En otros términos: esos fines piden, de las personas llamadas, la entrega total de sus vidas, con ese momento cotidiano, emblemático, que es el trabajo.

Pero la interacción de fines y medios ha de vivirse —sigue diciendo el resumen— con un determinado «espíritu»:

«Espíritu: Oratio – Expiatio – Actio: ¡Dios y audacia!».

Es decir, los medios humanos han de ponerse desde una vida de oración, que lleva a comprender y vivir la mortificación y la penitencia (expiación) y hace audaz y fecunda la acción (apostólica): «¡Dios y audacia!». El Fundador del Opus Dei agrega, como dimensión de ese «espíritu», esta otra tríada:

«Tres amores: Christus – Maria – Papa: Serviam! ¡Todo por Amor!».

«El 2 de octubre del 28 viene la idea clara general de mi misión [...] Ese día preciso —el 2 de octubre del 1928—, comienza la vida de gestación, nonnata, pero activísima del Opus Dei»¹⁰. Hay base para pensar que esto que aquí se ha dicho, este «resumen» que acabo de citar, sobre todo esas expresiones latinas, se remontan de alguna manera al evento místico del 2 de octubre. Son estas frases, fuertemente ancladas en el patrimonio bíblico y litúrgico de la Iglesia y en su tradición espiritual¹¹, como las primeras expresiones pre-categoriales que emergen en esa gestación.

Quizá sea éste el momento de transcribir uno de los autógrafos más próximos a la fecha fundacional del Opus Dei que se conservan. Este texto de 1928 —lo más antiguo en datación que conozco relativo a la materia— es una pequeña y amarillenta ficha, donde encon-

10. Así lo explicaba Josemaría Escrivá a Álvaro del Portillo en 1968 (*Apuntes íntimos*, nt 193); cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, Madrid ²1997, p. 296.

11. Las «locuciones» sobrenaturales que el Señor concedió al Beato Josemaría eran, con frecuencia, sencillamente palabras bíblicas o palabras litúrgicas (himnos y responsorios del breviario).

tramos ya una parte significativa del patrimonio descrito. Dice así, y con esta disposición¹²:

«Omnes, cum Petro,
ad Jesum per Mariam

Deo omnis gloria
Actio – Oratio – Expiatio

Serviam

Reconoce la Sta. Madre Teresa de Jesús, en el cap. II de sus Fundaciones, que una de las manifestaciones de la Omnipotencia Divina es dar osadía a personas flacas para cosas grandes, en su servicio, y, acogéndome a lo de la osadía y flaqueza, me atrevo a pensar siempre en lo que pienso...

A – O – E

Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Amén»¹³.

Abona lo que digo la presencia constante de estas fórmulas en los escritos del Beato Josemaría de aquella época y de manera especialmente intensa en sus *Apuntes íntimos*. Una presencia que no es sólo configurante del fondo del pensamiento, sino que se hace presente, incluso en su materialidad lingüística, a través de las abreviaturas de las fórmulas, con las que va sembrando, se diría que con ocasión y sin ella, sus cuadernos y notas. La triple secuencia del «espíritu» (O.E.A.) y su consecuencia apostólica (DYA), lo mismo que la palabra Serviam!, pero sobre todo los tres fines en su abreviatura latina (D.O.G., R.Ch.V., O.c.P.a.I.p.M.), aparecen por todas partes¹⁴ y, con harta frecuencia, sin relación *inmediata* con el discurso del texto. Son como el norte y el sentido de todo..., el *humus* de cada frase. Se diría que son, para él, lo obvio, lo patente, la indiscutida Voluntad de Dios. Para nosotros son las formas que tiene el Beato Josemaría de nombrar la «santificación del mundo» y el mensaje fundacional en este momento originario.

Esta síntesis de los fines últimos del Opus Dei *in Ecclesia*, que se concentra en esas tres expresiones (Deo omnis gloria; Regnare Chris-

12. Texto en AGP, sec A, leg 50-4, carp 1, exp 7; cfr. *Camino* ed. crít., p. 225.

13. Debo hacer notar que esta jaculatoria «Hágase, cúmplase...» participa de las características originarias del manojo de textos de que venimos hablando. Vid en *Camino* ed. crít. pp. 785-788 el comentario al punto 691. —El texto de Teresa aludido es: «¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostráis vuestro poder en dar osadía a una hormiga! ¡Y cómo, Señor mío, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad!» (*Fundaciones*, 2, 7; BAC 212, Madrid 81986, p. 680). —En el dorso de esta octavilla hay un membrete de las cartas que se hizo recién llegado a Madrid, que dice: «José María Escrivá y Albás | Presbítero | Abogado | MADRID». El Beato Josemaría escribió con lápiz rojo en ese dorso: «1928», para indicar la fecha del escrito.

14. Lo mismo he de decir de la aspiración «Hágase, cúmplase».

tum volumus; Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam), reaparece en numerosos textos de la época. Tomemos dos de ellos, cuya redacción dista entre sí poco más de tres meses: uno es de noviembre de 1931 y el otro, de 1934, se remonta en realidad a febrero de 1932. Vengamos primero a este último, que, en su brevedad, nos presenta ya la concatenación teológico-litúrgica de los fines. Tomamos el texto tal como se lee en la *Instrucción* de 19 de marzo de 1934¹⁵:

«En las líneas anteriores [de la Instrucción] van expuestos por completo nuestros ideales¹⁶. Consecuencias necesarias de estos ideales son los fines, que lleva a la práctica la Obra.

Hemos de dar a Dios toda la gloria. Él lo quiere: *gloriam meam alteri non dabo*, mi gloria no la daré a otro (*Isai.* XLII, 8).

Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que *per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria*; por Él, y con Él, y en Él, es para ti Dios Padre Omnipotente en unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria (Canon de la Misa).

Y exigencia de su gloria y de su reinado es que todos, con Pedro, vayan a Jesús por María»¹⁷.

Toda la dinámica que expresa la doxología de la Plegaria eucarística va encaminada, según el Beato Josemaría, a la gloria del Padre a través del reinado de Cristo, del «efectivo reinado de Cristo en toda la sociedad»¹⁸, lo cual implica que todos caminemos con Pedro hacia Jesús por María.

El otro texto, el de noviembre de 1931, muestra, ante una situación concreta, cómo esos fines configuran, según Josemaría Escrivá, las actitudes operativas en el Opus Dei. Meditaba la grave situación por la que pasaba la Iglesia en España y comprendía —escribe— que la misión que el Señor le había encargado, en contraste con tantas actividades llenas de odio y de negaciones, tenía que ser:

15. El pasaje que vamos a copiar y muchos otros de este documento proceden, a la letra, de un largo escrito del Autor, dos años anterior a la *Instrucción*, que entregó a un amigo suyo sacerdote, Pedro Cantero Cuadrado (que después sería Arzobispo de Zaragoza), explicándole el espíritu y los fines del Opus Dei. Está fechado en 19-II-1932 y se conserva en AGP, sec A, leg 50-2, carp 9, exp 3; cfr. *Camino* ed. crít., p. 224.

16. Poco antes, en el mismo documento, lo que aquí llama «nuestros ideales» lo ha llamado —igual que en el «resumen» de marzo del 31— «el espíritu de la Obra de Dios» (*Instrucción*, 19-III-1934, n. 30), para decir que ese espíritu, «tanto en su entraña como en su actuación, se acomoda absolutamente y sin reservas a la doctrina del Salvador y al sentir de nuestra Madre la Iglesia». Esos «ideales» y ese «espíritu», aquí, como en el texto de 1931, incluyen los dos binomios: «Cristo. María. El Papa» (n. 31) y «Oración. Expiación. Acción» (n. 32).

17. *Instrucción*, 19-III-1934, nn. 35-37; cfr. *Camino* ed. crít., p. 224.

18. *Apuntes íntimos*, Cuaderno IV, n. 393, 15-XI-1931; cfr. *Camino* ed. crít., *ibidem*.

«una continuada y magnífica afirmación: al “non serviam”, “SERVIAMI!”: al “no queremos que éste reine”, “Regnare Christum volumus”, ¡queremos que reine!: a la gloria humana, “Deo omnis gloria”: y finalmente la gran afirmación de la salud para todos: “Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam”»¹⁹.

De esta manera, los tres fines, integrados en la actitud de servicio, configuran por completo la alegría de la misión, la gran afirmación cristiana para la santificación del mundo.

3. LOS FINES Y LA MISIÓN

Llegados aquí, podemos hacer ya un primer análisis de este conjunto de textos, tan escuetos y lacónicos. Son los primeros intentos —de que nos queda constancia documental— que hace el Beato Josemaría, en aquellos años de gestación, para formular el fin del Opus Dei, que «vio» el 2 de octubre de 1928. Aparece en esos textos una concentrada pero rigurosa comprensión teo-lógica, cristológica y eclesiológica de la misión del Opus Dei. Una comprensión que es trinitaria y económico-salvífica.

Precisamente ese situar la misión de la «Obra de Dios» que el Señor le pedía —y que apenas tenía entonces una existencia «social»— en el horizonte mismo de la economía salvífica, ofrece una dificultad a la hora de estudiar el mensaje de los textos, pues esas formulaciones relativas al fin parecen de suyo más adecuadas al fin o a los fines de *la* Iglesia como tal, que no al fin de *una* institución de la Iglesia. Y, sin embargo, me parece que es precisamente esa dificultad la que lleva a comprender el modo de expresión que tiene el Beato Josemaría en estos pasajes tan antiguos. El Fundador —durante la «gestación» del Opus Dei, mientras la Obra era «nonnata» (son expresiones suyas)— tuvo una conciencia vivísima de que la Obra que Dios le pedía estaba llamada a ser una *partecica* de la Iglesia y que toda su razón de ser era el vivir *in Ecclesia*, en la comunión y en la fraternidad universal del Pueblo de Dios. Esto es evidente en cualquier página de cualquiera de sus escritos. A la vez, y con la misma claridad, tenía una acabada conciencia de que el «fin» del Opus Dei «no es algo restringido o sectorial dentro de la Iglesia, sino universal: se dirige no a un sector social, sino a

19. *Apuntes íntimos*, Cuaderno III, n. 386, 11-XI-1931; cfr. *Camino* ed. crít., p. 223. Las mayúsculas son del original. No dejan de ser significativo en este sentido los lemas de los escudos episcopales elegidos por los dos primeros Prelados del Opus Dei, sucesores del Beato Josemaría: Álvaro del Portillo, «Regnare Christum volumus»; el actual Prelado, Mons. Javier Echevarría, «Deo omnis gloria».

las muchedumbres humanas, sin limitación alguna de sexo, de raza, de edad, de oficio, de posición social, de estado civil, sin distinción de ideologías ni partidos políticos»²⁰. La expresión temática de esta realidad no sectorial sino abarcante (la polivalencia de la vida humana en el mundo) se abrirá paso en sucesivas expresiones categoriales y sistemáticas, pero, en esta primera época, el mensaje de la santificación del mundo tiene en Josemaría Escrivá el lenguaje que hemos visto: místico y simbólico, bíblico y litúrgico. Un lenguaje que deja espacio para mostrar el carácter radical y abarcante —debo repetirlo— de los fines y de los medios, y la triple dimensión —trinitaria, cristológica y eclesiológica— de la misión recibida. Veamos cada uno de los tres fines, o cada una de las tres dimensiones del fin, siguiendo la concatenación teológica que hace el mismo Fundador.

a) *Dimensión «teo-lógica» o trinitaria: «Deo omnis gloria»*

En los diversos textos que enumeran los «fines» de forma ternaria, el «Deo omnis gloria» (D.O.G.) es de ordinario el primero. Cuando lo recoge en *Camino* 780, señala explícitamente la vertiente antropológica de esta radical afirmación sobre Dios: «Es —dice— una confesión categórica de nuestra nada». Expresa así de manera sintética el misterio de la Creación y Redención en cuanto contemplado por el hombre: es el absoluto reconocimiento de Dios por parte de la criatura²¹. El capítulo de *Camino* que se llama así, «La gloria de Dios», es un conjunto de variaciones sobre el mismo tema, que ponen de manifiesto este fin radical de la vida humana y cristiana que Escrivá considera el fin primero de la misión recibida de Dios. En su estructura literaria, «Deo omnis gloria» es una síntesis «teo-lógica» de la doxología final del Canon romano²², como pone de manifiesto este otro punto de ese capítulo de *Camino*, el 786:

«Que ningún afecto te ate a la tierra, fuera del deseo divinísimo de dar gloria a Cristo y, por Él y con Él y en Él, al Padre y al Espíritu Santo».

Esta originación literaria del «Deo omnis gloria» en la doxología eucarística nos avisa del fundamento cristológico de esta «gloria de

20. P. RODRÍGUEZ, F. OCÁRIZ, J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Rialp, Col. «Cuestiones Fundamentales» n. 29, Madrid 1993; 5.ª imp., 2001, p. 36.

21. En el primer esbozo de *Camino* que circuló a multicopista en 1932 la palabra «nada» estaba escrita —cosa excepcional en el libro— en letras mayúsculas. Lo mismo el lema «Deo omnis gloria» en la edición impresa de 1934. Cfr. *Camino* ed. crít., pp. 1.068 y 1.106.

22. La fórmula cristológica de la doxología es también la base de *Camino*, 916.

Dios», ya presente en este punto de *Camino*, pero que el propio Escrivá subrayaba en su catequesis sobre la Misa de aquellos años:

«Va a terminar el Canon con una alabanza a la Santísima Trinidad, en la que tanto por las palabras como por las ceremonias, se indica que sólo podemos hacerla por medio de Jesucristo. Omnis honor et gloria. Del misterio de la Cruz dimana todo el honor y la gloria al Padre y al Espíritu Santo»²³.

La totalidad de las acciones han de ser para la gloria de Dios. Pero el Autor de *Camino* piensa especialmente en el trabajo humano cuando señala la necesidad en el sujeto de la «pureza de intención». De lo contrario

«se infiltra en tu alma la intranquilidad de pensar que no trabajas como debes hacerlo —por puro Amor, sola y exclusivamente por dar a Dios toda su gloria.

Reacciona en seguida cada vez y di: “Señor, para mí nada quiero. —Todo para tu gloria y por Amor”» (*Camino*, 788).

Esta relación entre trabajo y gloria de Dios aparece en la enseñanza de Josemaría Escrivá como un eje fundamental. Una anécdota —que le llenó de gozo y que él mismo cuenta— tiene como fondo esta radicalidad del «Deo omnis gloria». Era en las vacaciones de Navidad de 1933. El Opus Dei en gestación empieza a emerger en una pequeña Academia para estudiantes de Derecho y Arquitectura: la Academia DYA, en la calle Luchana de Madrid. Estudiantes y profesores ayudan a poner los muebles. Escribe el Beato Josemaría el 30 de diciembre:

«De todo el apostolado externo de la Obra de Dios ordinariamente no tomaré notas. Ya se encargan los chicos»²⁴. Sin embargo, ¡hay detalles tan hermosos!, ayer mismo, en cuanto colocaron el encerado que se ha puesto en una clase, los cuatro *artistas* (dos ingenieros y dos medio arquitectos) lo primero que escribieron fue: Deo omnis gloria! Ya sé que te encantó, Jesús»²⁵.

Se comprende la alegría del Fundador del Opus Dei: aquellos jóvenes habían captado el sentido del trabajo que allí comenzaba: formación profesional, humana y cristiana para realizar una tarea que tenía como fin dar a Dios toda la gloria: «Deo omnis gloria».

23. AGP, sec A, leg 50-04, carp 5, exp 3, ficha 25; cfr. *Camino* ed. crít., p. 857.

24. Se refiere al «Diario» que llevaban en la Academia DYA. Se conserva en AGP, sec A, leg 1, carp 1; cfr. *ibidem*.

25. *Apuntes íntimos*, Cuaderno VII, n. 1097, 30-XII-1933; la cursiva es del original. Este texto es la base de *Forja*, 611. Cfr. *Camino* ed. crít., *ibidem*.

b) *Dimensión cristológica: «Regnare Christum volumus»*

Dar a Dios toda la gloria es para Josemaría Escrivá el fin último. Pero para que Dios la reciba efectivamente es necesario que Cristo reine: ésta es la concatenación de ambos fines que se establece, partiendo del Canon romano, en el texto de la *Instrucción* de 1934 que hemos citado más arriba. El término de esa doxología, como hemos dicho, aparece concentrado en el fin primero: «Deo omnis gloria». Pero la dinámica doxológica que lleva a ese término exige, según el autor, el reinado de Cristo; con sus propias palabras: «Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que *per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria*».

El tema del reinado de Cristo es un tema vivo en la conciencia, en la piedad y en la reflexión cristiana de la época, al menos desde principios del siglo XX. Recordemos el lema del pontificado de San Pío X: «instaurare omnia in Christo» y el «Pax Christi in regno Christi» del Papa reinante Pío XI. En este contexto la expresión «Regnare Christum volumus», que ocupa un lugar tan central en la comprensión de la economía salvífica que tiene Josemaría Escrivá, guarda una indudable relación con la fiesta de Cristo Rey, que se celebra en la Iglesia Universal desde el año 1925, año de la ordenación sacerdotal del Fundador del Opus Dei. La fórmula latina «Regnare Christum volumus», que encontramos desde los primeros autógrafos posteriores al 2 de octubre de 1928, es como el contrapunto de la fe al «Nolumus hunc regnare super nos» de la parábola evangélica (Lc 19, 14), que a su vez está en la base de esta estrofa del himno de vísperas de la fiesta de Cristo Rey:

«Scelesta turba clamat
Regnare Christum nolumus»²⁶.

Esto se confirma con el texto ya citado de noviembre del treinta y uno, en el que leíamos:

«al “no queremos que éste reine”, “Regnare Christum volumus”, ¡queremos que reine!».

El tema se hallaba, como digo, en plena efervescencia: estaba reciente la encíclica *Quas primas*, sobre la realeza de Cristo (1925), y se había instaurado con solemnidad la fiesta litúrgica de Cristo Rey²⁷.

26. Este doble verso en la actual Liturgia de las horas ha sido modificado así: «Quem prona adorant agmina / hymnisque laudant caelitum».

27. Vid P. RODRÍGUEZ, *Realeza de Cristo*, en «Gran Enciclopedia Rialp» XIX (1974) 714-716.

En los ambientes católicos, de los países latinos especialmente, el desarrollo de la devoción a Cristo-Rey aparecía unido, con alguna frecuencia y de manera más o menos difusa, a determinadas opciones de carácter temporal, incluso político. Lo interesante, a nuestros efectos, es notar que en el pensamiento de Josemaría Escrivá el «Regnare Christum volumus» tuvo siempre una neta significación espiritual, eclesiológica. Espiritual, pero no espiritualista, por emplear palabras suyas muy posteriores²⁸. Quiero decir que esa profunda realidad espiritual la veía henchida de consecuencias prácticas, operativas en la vida de la sociedad y de la cultura. A esto es a lo que apunta una antigua expresión que con frecuencia acompaña a la fórmula de que hablamos: «Reinado *efectivo* de Cristo»²⁹, queremos que «*efectivamente* reine»³⁰, queremos «el *efectivo* reinado de Cristo en la sociedad»³¹. Esa «efectividad» histórica apunta siempre a una transformación humana y cristiana de la persona y de la sociedad, más allá de toda concepción intimista del reinado de Cristo en el mundo. Sólo ese reinado *efectivo* es el que da a Dios toda la gloria.

Para comprender esa relación dinámica entre reinado de Cristo y gloria de Dios es importante estudiar, aunque sea brevemente, el acontecimiento de 7 de agosto de 1931³². Así llaman los biógrafos de Josemaría Escrivá a una *locutio divina* que ese día le concedió el Señor y que quedó grabada para siempre en su alma. El Fundador del Opus Dei ha dejado autógrafo el relato de esa intervención de Dios en su vida, escrito y fechado aquel mismo 7 de agosto. Celebraba la Santa Misa, como cada día, en la Iglesia del Patronato de Enfermos, en la calle Santa Engracia, y agradecía al Señor todo lo que había obrado en su alma desde que llegó a Madrid en 1927. He aquí el texto:

«Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la exCorte... Y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al

28. Cfr. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, 113.

29. *Apuntes íntimos*, Cuaderno III, n. 171, 10-III-1931.

30. *Ibidem*, Cuaderno IV, n. 215, 5-VIII-1931.

31. *Ibidem*, Cuaderno IV, n. 393, 15-XI-1931; cfr. *Camino* ed. crít., p. 224.

32. Un estudio monográfico sobre el tema: P. RODRÍGUEZ, *La «exaltación» de Cristo en la Cruz. Juan 12, 32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en G. ARANDA y otros (dir.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. José María Casciaro*, Pamplona 1994, pp. 573-601; una primera fase de esta investigación puede consultarse en «Romana», Bollettino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei, 7 (1991) 331-352. Vid. también L.F. MATEO-SECO, *Sapientia Crucis. El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «Scripta Theologica» 24 (1992) 419-438 y A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudios sobre el cristocentrismo del beato Josemaría Escrivá*, Madrid 2000, pp. 255-278.

cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma.) Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer *in mente* la ofrenda al Amor misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (loh 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serían los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»³³.

Josemaría Escrivá vivió esta experiencia sobrenatural, y así lo explicó numerosas veces, en un horizonte netamente fundacional, es decir, en estricta relación con el espíritu de la Obra que el Señor le había confiado. Por eso no es de extrañar que esa teología de la *tractio* divina que Cristo ejerce al ser «exaltado» tuviera una fuerte proyección en sus textos posteriores. Son pasajes que muestran cómo aquella experiencia caló hondo y configuró su concepción de la existencia cristiana. Fue una llamarada de luz para la comprensión de la misión recibida el 2 de octubre de 1928: hacer el Opus Dei. Debemos detenernos un tanto en este texto, decisivo en nuestro tema.

Para situar el significado de aquel 7 de agosto, hay que partir de algo muy obvio: que la teología joánica de la Redención por la «exaltación» pertenece a la revelación misma del misterio de Cristo. Puede, por tanto, y debe alimentar *toda* la vida de la Iglesia, *toda* vida cristiana, cualquiera que sea su estilo y su posición estructural en la pluriforme variedad de vocaciones que se dan en la Iglesia de Cristo; y, en consecuencia, puede y debe ser entendida —con toda legitimidad— en la perspectiva de cada una de ellas.

Lo «nuevo» de la comprensión que Dios concedió al Beato Josemaría es, precisamente eso: una *nueva perspectiva* del misterio único de Cristo, que le llevaba a entender con renovada claridad, con explícita afirmación sobrenatural, que el reinado efectivo de Cristo, arrancando de los corazones entregados de «los hombres y las mujeres de Dios», se jugaba dentro de la dinámica del mundo en cuanto mundo, en el seno de todas las actividades humanas. Allí es donde los hombres y mujeres de Dios, a través de su vida en el mundo, tenían que poner la Cruz de Cristo y «las doctrinas de Cristo». Esa nueva perspectiva era su comprensión cristiana y eclesial de la secularidad del mundo y de la santificación del mundo.

33. *Apuntes íntimos*, Cuaderno IV, n. 217, 7-VIII-1931. Cfr. *Camino* ed. crít., p. 473.

Lo que Escrivá entendió «con fuerza y claridad extraordinarias» —nos dice— es que el cristiano, también y precisamente en cuanto unido a Cristo en la actividad secular —santificación del trabajo—, es Cristo en la Cruz, Cristo «levantado» ante el mundo, ante los compañeros de profesión; es Cristo —exaltado en medio de la historia humana—, al que poder «mirar» para «ver» y ser atraído³⁴. Hablando teológicamente: comprendió que Dios quería —«quiere que se le alce de nuevo...»— que la actividad secular *del cristiano*, en su más abarcante extensión, fuese signo e instrumento de la Cruz redentora y gloriosa de Cristo, en la que Él reina y da a su Padre toda la gloria. Es decir, Dios quería que esas actividades humanas (de los cristianos) manifestasen al mundo el amor salvífico que está en la Cruz de Cristo y fuesen a la vez camino, instrumento para que la Cruz del Señor atrajese hacia sí *pantas* y *panta*: todos y todo, las personas y las cosas, los ambientes, la vida social, las realidades espirituales y materiales. Josemaría Escrivá, en definitiva, «comprendió» bajo una nueva luz el significado salvífico de la secularidad cristiana y, en consecuencia, el camino para santificarla.

El evento de agosto del 31 ilumina el sentido del «Regnare Christum volumus» en la trilogía de fines del Opus Dei que venimos glorificando. Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, poco tiene que ver con una realidad similar a la que se designaba bajo el título «reinado social» en la teología, la espiritualidad y la praxis apostólica de aquellos años del pasado siglo. El reinado social de Cristo se presentó con frecuencia, en las categorías y lenguaje *ad usum*, como un ideal de formas triunfantes, propias de una *theologia gloriae*, que, sobre la base de un institucionalismo católico, renovaría viejos esquemas de cristiandad³⁵. La doctrina de Josemaría Escrivá, por el contrario, desde el mismo texto bíblico que se le graba en el alma, es *theologia crucis*: el señorío de Cristo sobre la humanidad entera (*pantas*) o sobre la totalidad cósmica (*panta*) está esencialmente vinculado a la *kénosis* de la Cruz, que es la paradoja del misterio de la Cruz, que le fue concedido «ver» al Beato Josemaría: «Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas».

«Poner la Cruz de Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» no es un acto «político» o «social». La «cumbre» en la que

34. Vid. en mi estudio citado en nt 32 el comentario a Jn 19, 37: «mirarán al que pasaron».

35. «Es fácil detectar que, cuando el autor habla de “colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”, su mente está bien lejos de concebir que el Reino de Cristo haya de realizarse en la sociedad temporal por los caminos de una *cristo-cracia*» (A. GARCÍA SUÁREZ, *Existencia secular cristiana*, en «Scripta Theologica» 2 [1970] 156).

hay que poner a Cristo (crucificado) no es un edificio, ni un monumento; no es una fachada, ni del municipio, ni de la región, ni del Estado, ni de la organización mundial de las naciones; no es una organización político-religiosa³⁶. Según el Fundador del Opus Dei, «la cumbre» no son cosas, sino *personas*. Con sus propias palabras: poner a Cristo en lo alto de todas las actividades humanas significa «que, en todos los lugares del mundo, haya *cristianos*, con una dedicación personal y libérrima, que sean *otros Cristos*»³⁷.

Hay dos textos de *Camino*, escritos ya en Burgos, año 1938, que muestran esta comprensión del 7 de agosto en su operatividad espiritual. Los copio:

«Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

—Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. —Después... “pax Christi in regno Christi” —la paz de Cristo en el reino de Cristo» (*Camino*, 301).

«Sólo te preocupas de edificar tu cultura. —Y es preciso edificar tu alma. —Así trabajarás como debes, por Cristo: para que Él reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional» (*Camino*, 347).

La santificación del mundo es, pues, la misma vida secular del cristiano en cuanto entregada a Cristo y vivida con Cristo con todas sus consecuencias: trabajo santificado, con la calidad humana y divina que exige, con el prestigio profesional y el fuego apostólico que comporta. Y a través de las personas, y como consecuencia de su identificación personal con Cristo, los efectos *sociales* de la exaltación de Cristo: «Pax Christi in regno Christi». Consecuencia:

«Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!» (*Camino*, 832).

«El mundo... —“¡Esto es lo nuestro!”... —Y lo afirmas, después de poner la mirada y la cabeza en el cielo, con la seguridad del labriego que camina soberano por su propia mies: “regnare Christum volumus!” —¡queremos que Él reine sobre esta tierra suya!» (*Surco*, 292).

La pacífica batalla por el reinado de Cristo aparece así como el camino para vivir plenamente el «Deo omnis gloria».

36. Vid. *Es Cristo que pasa*, nn. 183s.

37. *Carta 29-XII-1947*, 14-II-1966, n. 89, citado en mi estudio referenciado en nt 32.

c) *Dimensión eclesiológica: «Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam»*

Pasemos ya al estudio de la dimensión eclesiológica del fin del Opus Dei. Digamos ante todo que, para situar la comprensión de ese fin, no es suficiente la interrelación gloria de Dios – Reinado de Cristo tal como la hemos estudiado hasta ahora. Porque, como sabemos, esa comprensión es ternaria, es decir, incluye una dimensión eclesiológica que el Beato Josemaría expresaba con la fórmula «Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam».

Entre los textos más primitivos del Fundador acerca del tema, cobra especial interés una consideración que hace en junio de 1930 —anterior por tanto a las formulaciones ternarias (escritas) del fin del Opus Dei— y que pasó casi a la letra al punto 833 de *Camino*³⁸. Contempla Escrivá los efectos demoledores que, para el sentido cristiano de la vida y para la salvación de las almas, tienen las campañas de las sociedades secretas. «Llevan —escribe— una simiente maldecida». Y agrega:

«Nosotros llevaremos la Palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si somos verdaderos hijos de Él, con nuestra santificación personal, obtendremos la de los demás: el reinado de Cristo: que Omnes, cum Petro, ad Iesum per Mariam. Amen»³⁹.

En este texto, es la Iglesia —la Iglesia en su configuración institucional y en su dinámica de salvación— la que aparece como la realización del reinado de Cristo. Dicho glosando los términos del texto mismo:

Que Cristo reine consiste en que todos,
 — con Pedro (es decir, viviendo en la comunión fraternal y de Iglesias, diríamos hoy, que preside Pedro),
 — caminen hacia Cristo (una comunión, pues, no meramente doctrinal y jurídica, sino existencial, vital, cristificante)
 — a través de María (que es el camino por el que el Verbo se hizo carne y nos dio la vida).

Esta dimensión misionera de la Iglesia es lo más originario que encontramos en los textos eclesiológicos del Fundador del Opus Dei: la Iglesia contemplada desde el principio petrino y desde el principio mariano y en la perspectiva de la misión universal *ad gentes*. La Iglesia, así comprendida, es el reinado de Cristo. La dinámica de esa eclesiología, en cuanto afecta a lo que Dios pide al Opus Dei —su contribución

38. En *Camino* ed. crít. pp. 900s. me he ocupado detenidamente de ese texto.

39. *Apuntes íntimos*, Cuaderno II, n. 47, 16-VI-1930; cfr. *Camino* ed. crít., *ibidem*.

al reinado de Cristo—, viene explicada en términos de santidad y santificación: si vivimos verdaderamente como hijos de Dios —dice Josemaría Escrivá— «con nuestra santificación personal, obtendremos la de los demás: el reinado de Cristo», es decir, el crecimiento de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo. La Iglesia, en efecto, como dirá el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* 5, es ya el Reino en gestación, el germen y el inicio de este reino: «huius Regni in terris germen et initium constituit».

Esta relación Iglesia de Dios – Reinado de Cristo, que estamos estudiando en un texto de 1930, se potencia en agosto del 31, cuando el Fundador del Opus Dei recibe aquella iluminación acerca del *modo secular* de la misión cristiana. Porque la Iglesia es ciertamente Reino en la tierra —germen del Reino—, pero el Reino es más que la Iglesia institucional e histórica. Por eso —siguiendo con el texto de *Lumen Gentium* que acabo de citar— debemos decir que la Iglesia es, a la vez, el agente que anuncia e instaura el Reino en el mundo: «missionem accipit Regnum Christi et Dei annuntiandi et in omnibus gentibus instaurandi». Y ahí es donde se sitúa la secularidad que cualifica la misión del Opus Dei en la Iglesia y en el mundo, basada en la entrega de «los hombres y las mujeres de Dios» a la tarea de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas: profesionales, familiares, sociales, políticas, culturales. En medio y a través de esas actividades humanas han de anunciar a las gentes la conversión a Cristo presente en la Iglesia y han de presentar a Dios —a Dios toda la gloria— un mundo reconciliado.

4. DOS CONSIDERACIONES FINALES

Si después de esta meditación de textos de los primeros años treinta damos un salto de cincuenta años y tomamos el n. 2 de los Estatutos de la Prelatura del Opus Dei, donde se describe el fin de la Prelatura, pasamos, como dije al principio, de las expresiones bíblico-simbólicas a las «claridades» teológicas y jurídicas. Quedan en medio cincuenta años de vida cultural, de teología, de cambio social, de acción apostólica, pero el mensaje del Beato Josemaría, el del 2 de octubre de 1928, es el mismo. Basta leer ahora ese n. 2 de los Estatutos⁴⁰:

2. § 1. Praelatura sibi proponit suorum fidelium, iuxta normas iuris particularis, sanctificationem per exercitium in proprio cuiusque sta-

40. El texto íntegro de los *Statuta* puede consultarse, por ejemplo, en la *o.c.* en nt 20, Apéndice.

tu, professione ac vitae condicione virtutum christianarum, secundum specificam ipsius spiritualitatem, prorsus saecularem.

§ 2. Item Praelatura intendit totis viribus adlaborare ut personae omnium condicionum et statuum civilis societatis, et in primis quae intellectuales dicuntur, Christi Domini praeceptis integro corde adhaerant ipsaque, etiam ope sanctificationis proprii uniuscuiusque laboris professionalis, in praxim deducant, in medio mundo, ut omnia ad Voluntatem Creatoris ordinentur; atque viros ac mulieres informare ad apostolatam item in societate civili exercendum.

Permítanme acabar con otro texto antiguo del Fundador del Opus Dei. En abril de 1933 Escrivá anotó en su Cuaderno un pensamiento que pasó a la letra a *Camino*, 929. Dice así:

«¿La Cruz sobre tu pecho?... —Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. —Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol».

Late en este pensamiento la doxología de la Plegaria eucarística, la *tractio* divina desde la Cruz, la eclesialidad apostólica del cristiano: las tres dimensiones del fin del Opus Dei. El Beato Josemaría contempla la glorificación de Dios en la Cruz de Jesús y nos invita a proyectarla históricamente no en meras exterioridades, sino en nuestras vidas de cristianos, acogiendo la Cruz en la realidad unitaria de nuestro ser —«hombros», «carne», «inteligencia»—, que se convierte así en existencia apostólica, en misión, en cauce para que la *tractio* divina lleve a todos, con Pedro, a Jesús por María.